

UNA BIBLIOTECA MASCULINA EN LA MÁLAGA DE 1799:
EL PARADIGMA DE ANTONIO RIPOLL

UN ASPECTO sugestivo a la hora de estudiar las mentalidades colectivas que configuraban —y condicionaban— la Málaga del siglo XVIII es el análisis de los libros que los novios, potencialmente tanto uno como otro, podían aportar al matrimonio como parte de su ajuar doméstico. El primer comentario que se deriva del análisis realizado en este sentido es que en las cartas de Dote *nunca* se hace referencia a ellos, en cambio sí que aparecen en documentos *masculinos* (testamentos y escrituras de Capital). Este dato confirma, por enésima vez, el hecho bien conocido del aislamiento intelectual de las mujeres de la época: salvo en casos excepcionales¹, no era habitual que leyesen obras de creación ni, por supuesto, libros científicos o técnicos. Como un corolario de esta premisa, la posesión y transmisión de los mismos también se manifiesta como un acto meramente masculino.

Obviamente la relación de libros que un individuo acumula a lo largo de su vida es un reflejo fidedigno de su personalidad. Cabe esperar que, entre un cúmulo de obras de carácter técnico, siempre se deslice alguna otra de naturaleza más trivial que denotaría sus aficiones y gustos extraprofesionales. De igual manera quedarían también patentes las inclinaciones políticas, la preocupación por la educación de los hijos o la posición con respecto a los asuntos religiosos.

Como paradigma de esta situación hemos utilizado la serie de libros «en pasta» que se incluyen en la escritura de Capital² de Antonio Ripoll, alicantino que contrae matrimonio —en primeras nupcias— «por el mes de Enero» de 1799 con María de Gálvez, nacida en Málaga y vecina de dicha

ciudad. Esta recién formada familia hubo de tener una notable actividad social basada en la fortuna y en las aficiones *del marido*, lamentable conclusión a la que llegamos después de no haber encontrado ni un solo indicio que permita implicar a su mujer en ella.

La pareja, cuyo matrimonio se negoció en vida de sus respectivos padres, gozaba pues de una saneada posición económica³. Aunque la Dote de María de Gálvez ascendía a la respetable cantidad de 14.594 reales de vellón⁴ esta cifra palidece ante la riqueza aportada por el novio —poco faltaba para los ciento noventa y cinco mil reales— el cual, entre otros efectos existentes, llevaba 3.700 arrobas de vino [45.000 reales de vellón], 38 botas de madera de castaño para vino y 100 arrobas de vinagre. Las rentas de Antonio Ripoll estaban sabiamente diversificadas: pese a que, como cabe deducir de estos datos, su ocupación principal fuera el comercio del vino —es muy significativa su participación en el jubeque *San Felipe*, cuyo piloto le debía 330 reales— también tenía negocios relacionados con los ladrillos y el azúcar; en la caja guardaba diez mil reales en efectivo.

La distribución de su espléndida casa, cuya localización no hemos podido determinar, constaba de las siguientes estancias: una *sala principal* de grandes dimensiones con un balcón y alguna ventana —probablemente la vivienda haría esquina o tendría una fachada amplia— que por una serie de puertas se comunicaba con el resto de la vivienda. Para aprovechar la luz natural y evitar la sensación de agobio que producirían los abundantes muebles de caoba y cedro que decoraban este aposento⁵ lucían en las paredes dos espejos largos y caros (220 reales cada uno de ellos). Los cortinajes estaban recogidos a los lados por cordones de seda anudados en pomos dorados; y en el suelo se había dispuesto una estera grande de junco que amortiguaría el sonido de los pasos; nos inclinamos a pensar que la casa debía estar bien orientada precisamente porque no se mencionan las alfombras y porque para caldear la vivienda se bastaban con un solo brasero —la «copita»— que estaba emplazado en el *comedor*. Todo parece indicar que nos hallamos ante un típico «salón del dieciocho» donde se reuniría una tertulia que, sin llegar a la altura de las que se celebraban en las mansiones construidas *ad hoc* por los de Benavente, Alba o Montijo, debió tener algún éxito.

Como decíamos, una puerta de cristales grandes con pasador y picaporte para salvaguardar la intimidad comunicaba la pieza anterior con la alcoba, también muy espaciosa, donde además de la cama «grande con cabecero dorado a la chinesca» (es decir, cama para dormir y para *recibir* frente al austero y funcional ingenio de las tablas y bancos, que era el lecho por

antonomasia), seis sillas altas pintadas de negro y un armario... se guardaba un sable, dos bastones (uno de ellos, valorado en cien reales, era más bien un arma⁶ pues tenía un «chusso dentro») y una cajita de cedro con colores *ingleses*: este último detalle, junto al número de sillas y el tipo de cama, nos mueve a suponer que tal vez su dueño estuvo retenido en cama durante algún tiempo, período durante el cual recibiría a las visitas en el dormitorio presidido, dicho sea de paso, por dos pinturas sobre tabla: una de San Antonio y otra de San Francisco.

Siguiendo con nuestro recorrido, la casa tenía un *cuarto interior* o dormitorio individual en el que había una cama de pabellón, en madera, con dos colchones de un cuerpo y dos almohadas, un baúl forrado de cuero, un ropero blanco con cerraduras y cajón, un pie para colgar casacas (tenía, en total, siete) y una percha.

Hombre de aficiones exquisitas, Antonio Ripoll gustaba lucir esmeradas prendas confeccionadas con géneros delicados y caros (dos de sus chupas eran de casimir negro mezclado con raso blanco bordado en oro), calzarse con arreglo a la situación (botas enteras, medias botas, zapatos de becerrillo *a la inglesa*, hebillas de plata y piedras...) y cubrirse (sombrosos de tres picos, redondos, etc.) como correspondía a su categoría. Nada hemos podido averiguar de la edad que tenía cuando se casó, pero la superabundancia y vistosidad en sus ropas (trece camisas, trece calzones, veintidós chalecos, *un par* de calzoncillos, multitud de pañuelos, corbatas, medias, calcetas y escaarpines) denotan un alto grado de seguridad en sí mismo, una vitalidad más propia de la juventud que de la edad madura.

Su aspecto⁷ debía responder al prototipo de un hombre ordenado (conservaba en un estuche sus navajas de afeitar junto a un par de tirabuzones y una talega para el pelo), aficionado al tabaco —aspecto que, por sí solo, conforma toda una estética— en sus dos versiones (para fumarlo, guardado en una caja barnizada, o para aspirarlo) y varonil; otros pequeños objetos que complementan este esbozo de su personalidad eran el reloj de similar con sobrecaja y diario, unos anteojos «para el teatro», dos pistolas pequeñas, tres brochas para pintar, una escribanía de charol (es decir, de madera lacada, probablemente foránea) así como un valioso «retrato de muger con guarnición de oro» cuya efigie no identifica el escribano y que tantas posibilidades interpretativas podía haber tenido de haberse reseñado la identidad de la dama.

A dicho cuarto interior seguían un *comedor*, la *cocina*, el dormitorio *de las criadas* y el *de los criados*. La casa tenía también un *despacho* absolutamente austero, con dos ventanas que normalmente estarían abiertas. Allí debía

trabajar, acompañado por otras personas, en los asuntos de su negocio. El mobiliario de esta habitación se reducía a cuatro banquetas, una percha, algunas estanterías de pino, un mostrador de nogal y una vitrina. El resto consistía en esa larga serie de productos y enseres que abarrotan una oficina: tinteros y botellas de tinta, papel, plumas, arenilla, plegadores, cortaplumas, tijeras, reglas, «esportillas de palma», libros de contabilidad, cartones, etc. Entre tanta cosa anodina, destacan tres pisapapeles de piedra, una caja de tabaco *en polvo* y un sello de bronce con la «cifra» de nuestro protagonista.

En una *sala trasera*, buscando el apartarse de los ruidos domésticos, Antonio Ripoll y varias personas más constituyeron una pequeña orquesta de cámara que, de vez en cuando, haría también alguna incursión en el terreno vocal. Los músicos se sentaban en cuatro sillas idénticas a las de la alcoba —altas y pintadas de negro— y seguían la lectura de las partituras inclinados sobre un mismo facistol de cuatro caras (en el cuarto interior había otros dos con pie). Completaban la decoración de esta sala trasera una *rinconera* con vasos, copas y una frasería para bebidas cordiales de las que se haría generoso uso, dadas las características de la casa, durante las pausas para descansar o comentar las dificultades de la música que se ejecutaba; también había algunas *alacenas* de puertas acristaladas y tres figuras de barro «fino» valoradas en 120 reales⁸. Aquí mismo se guardaban, en sendas cajas de pino, dos violines y una viola con sus arcos, cuyo valor total —instrumentos y estuches— era de 554 reales. Los seis cuadros que adornaban las paredes, enmarcados en caoba, representaban el *Combate Naval de Tolón* y aparecen valorados en 600 reales. Las alacenas guardaban también las composiciones musicales y los libros que detallamos a continuación junto con su aprecio:

MÚSICA

5 piezas de música de canto	200 reales
1 obertura de Bocherini (12 libros)	123 "
5 sinfonías a todos los instrumentos (60 libros)	615 "
3 obras de quintetos (16 libros)	240 "
6 de cuartetos (24 libros)	425 "
3 obras manuscritas (12 libros)	288 "
1 concierto de violonchelo (9 libros)	100 "
2 obras de trios (6 libros)	100 "
5 otros con 15 iden manuscritos	360 "
Varias sonatas manuscritas e impresas en 6 libros y papeles sueltos	300 "

LIBROS EN PASTA

2 diccionarios de Yompsón Yngles	660 reales
4 diccionarios Yngles y Español Connelli	300 "
1 tomo Diccionario de la Academia Castellana	135 "
Otro tomo de ordenanzas de Vilvao	65 "
4 otros Herbas historia del hombre	100 "
3 otros Beladas de la Quinta	56 "
5 otros Triunfos de la Revolución	100 "
4 otros de Eusebio	90 "
Uno de Eudogia	25 "
Uno otro de octavo mayor escuela de señoritas	10 "
3 otros de Cartas de educación	48 "
2 otros del hombre Ynfeliz	12 "
6 otros octavo viblioteca completa	48 "
Uno otro de Comercio de olanda	12 "
Uno id. Gobierno del hombre	9 "
Otro de la Ynfancia	6 "
Otro de Semana Santa en latin	20 "
4 tomos en octavo Almanagues Mercantiles (1796-97-98-99)	80 "
2 otros Voyage des Yndes	24 "
2 otros id. Voyage D ^e Ytalie et Dalmacie Frances	24 "
1 otro id. Vies des Anciens	12 "
2 otros id. Dictionaire Historique	30 "
1 otro id. id. Geografique	20 "
Otro Douling Book y Kiping Yngles	30 "
Otro 1/4 a lo largo S. Ciencies des Negosians	30 "
Otro 1/4 en pergamino tra ^{do} de Geraldo	16 "

Lamentablemente entre los libros de música relacionados tan solo se cita a un autor, Luigi Bocherini (Luca, 1743-Madrid, 1805), eminente artista que, errante por las cortes europeas, a la mitad de su vida acabó estableciéndose en España amparado por melómanos ilustres como la duquesa de Benavente-Osuna. La celeridad de los editores por imprimir y vender su extraordinaria obra, que influyó notablemente en Haydn (y, por consiguiente, en Mozart), da idea del éxito que cosechó entonces y justifica su presencia entre las partituras de nuestro ilustrado comerciante. Aun hoy en día existe un «reflejo condicionado», un automatismo, por el cual cuando se cita la palabra *minueto* se rememora *el de Bocherini*.

Pero, como hemos dicho, en esta habitación Antonio Ripoll atesoraba también otros libros que amplían nuestro conocimiento de su propietario.

En primer lugar, parece claro que se veía frecuentemente obligado a utilizar el inglés para realizar traducciones directas e inversas fundamentalmente de los documentos mercantiles que debían ser importantes, formalmente muy detallados, y probablemente saturados de cláusulas o términos que exigirían fidelidad y precisión para evitar errores o ambigüedades que podían acarrearle problemas en sus negocios.

La relativa proliferación de diccionarios en su biblioteca —incluyendo un *Diccionario de la Academia Castellana*— demuestra un uso reiterado de los mismos por las razones comerciales aludidas, no en vano había invertido en ellos 1.125 reales de vellón, pero también dejan entrever una personalidad autodidacta preocupada por darle a sus escritos un elevado tono de pulcritud ortográfica. Y sin embargo, no carecía de un poso de fantasía, de espíritu aventurero y de afición por lo exótico: sus libros *Voyage des Yndes* y *Voyage Ytalie et Dalmacie* dan muestras de ello. Le interesaba la Historia y tenía medios para resolver sus dudas en materia geográfica. No es muy arriesgado suponer que analizara con vehemencia la fluida situación política de Francia, de la que pudo tener noticias de primera mano dadas sus relaciones sociales, sus nociones de francés y la considerable colonia gala que residía en Málaga.

La consulta, por mediación de la Biblioteca Nacional, de la base de datos *The British Library Catalogue* y del repertorio de bibliografía crítica de W. Zaunmüller (*Bibliographisches Handbuch der Sprachwörterbücher*, A. Hiersemann, Stuttgart, 1958) han arrojado la siguiente información: el diccionario «Yompson» y el «Connelli» están perfectamente identificados y se corresponden con las obras de Samuel Johnson *A Dictionary of the English Language, in which the Words are deduced from their Originals and illustrated in their different significations by Examples from the Best Writers* (Londres, 1755) y con la de Tomás Conelly & Tomás Higgins titulada *Dictionary of the Spanish and English languages* (Madrid, 1797-98) respectivamente. En cambio el denominado «Douling Book kiping» no se encuentra, aparentemente, en ninguna de las dos fuentes citadas.

Pero, interpretando la anotación del escribano como una mera transcripción fonética del título de este último libro, hemos insistido en la búsqueda hasta hallar a un tal Daniel Dowling, profesor de Matemáticas, autor del manual de teneduría de libros *A Compleat* [o *Complete* según la edición de que se trate] *System of Italian Book-keeping, according to the modern method practised by merchants and others* publicado sucesivamente —siempre en octavo— por W. Johnston (Londres, 1765), P. Wogan (4ª ed., Dublín, 1781) y J. Gough (8ª ed., Dublín, 1801, exenta de posibilidades) que, como resulta evidente, resuelve satisfactoriamente la identificación. Además,

y esto es lo importante, concuerda con las características de nuestro personaje al tratarse de una obra de Contabilidad (¿Teneduría de Libros?) que en sus tiempos debió ser enormemente popular, y que se complementa con otra, no identificada, que parece de la misma especie: *Sciences des Négocients*.

Dado que el sistema contable de partida doble nació en la Italia conventual del Renacimiento de ahí viene la precisión «Italian» que se hace en el título del libro de Dowling; se considera padre de esta ciencia a fray Luca Paccioli (1445-1514), tratadista de la perspectiva y geometría, desde la publicación de su obra *Summa de Arithmetica, Geometria, Proportione et Proportionalita* (Venecia, 1494). En la Galería Nacional de Capodimonti (creada bajo el patrocinio del que luego sería Carlos III de España) existe un enigmático retrato firmado por «Jaco. Bar» y fechado en 1495 en el que aparece este franciscano acompañado de un joven alumno ante la mesa cubierta con un paño verde donde reposan diversos instrumentos de dibujo, un tratado de geometría plana y un dodecaedro. A la izquierda del observador destaca sobre el fondo negro del lienzo un objeto inverosímil que constituye el mayor atractivo de la obra: suspendido por el fino hilo que lo atraviesa, como una plomada o el péndulo de un hipnotizador, cuelga un cuerpo geométrico *viginti sex basium planus solidus* de vidrio cuyas facetas son cuadrados y triángulos equiláteros, polígonos evocadores de relaciones matemáticas fundamentales y saturados de implicaciones simbólicas.

Nuestra insistencia en manifestar que son libros impresos in-octavo (11 por 16 centímetros) pretende llamar la atención sobre el alto grado de funcionalidad y el poder de divulgación que implicaban dimensiones tan manejables. Sin caer en el exceso de que no hay nada nuevo bajo el Sol, invitamos al lector a reflexionar sobre la escasa originalidad del formato actual llamado «de bolsillo», presentado en muchas ocasiones como revolucionario por parte de la industria editorial⁹.

Siguiendo con nuestro análisis de la biblioteca de Antonio Ripoll, observamos que la presencia de libros estrictamente religiosos es mínima; aparece una sola de este tipo, escrita en latín y vinculada con la Semana Santa. En cambio las relacionadas con la educación y crianza de los hijos constituyen —naturalmente *ad interim*— una sección importante de la misma. Desde el punto de vista de la identificación bibliográfica, continuaremos por la descripción de la obra de Pedro Montengon titulada *Eusebio, Parte primera [-cuarta] Historia sacada de las memorias que dexó él mismo*. Con licencia en Madrid. Por Don Antonio de Sancha. Año de MDCCLXXXVI. Este remedo del *Emilio* de Rousseau conoció un éxito de público desorbitado

desde su publicación hasta la primera mitad del siglo XIX; las múltiples ediciones que se hicieron en español, italiano y francés pueden clasificarse en dos grandes grupos: las «expurgadas» por la Iglesia, identificables por la cláusula *nueva edición corregida con permiso de la Suprema y General Inquisición*, y las «íntegras». Constaba de cuatro volúmenes en octavo, equivalente cada uno de ellos a algo menos de cuatrocientas páginas (según la edición de que se trate). En la versión italiana de 1807 se añade como aclaración que el lector tiene entre sus manos un «Romanzo morale spagnuolo» calificación ajustada, incluso etimológicamente (Eusebio=pio), al sentido de la obra. Desconocemos el año en que fue publicado el ejemplar que poseía Ripoll en su biblioteca debido a la parquedad que en este tipo de datos caracteriza a los protocolos que nos han servido de fuente. Su valoración ascendió a noventa reales.

De la misma pluma que el libro anterior salió el de *Eudoxia, hija de Belisario* (1793) que, en su primera edición, tenía 390 páginas. Este nombre nos remite a los conceptos positivos de «buena opinión» y de «honra» lo que parece indicar que, tratándose de la biografía *de una mujer*, esos valores se inculcaban indirectamente a través del marido, receptor del mensaje, por lo tanto a él le correspondía vigilar y promover la buena fama de su mujer. En el asiento correspondiente este tomo estaba apreciado en 25 reales.

En una línea argumental y teleológica semejante se encuentra *Escuela de [las] señoritas o cartas de una madre cristiana a su hija...* recopiladas y publicadas en francés por el Amigo de los Niños y traducidas al español por [el Dr. D. Cristóbal] Manuel de Palacio y Viana (1784), que se apreció en el momento de hacer la escritura en 10 reales de vellón.

El *Poema trágico del español Gerardo, y desengaño del amor lascivo* (1615) es una novela picaresca escrita por el madrileño Gonzalo de Céspedes y Meneses (1585-1638) autor de cierta categoría, pues varias de sus obras fueron traducidas al francés, italiano e inglés; incluía, además, un florilegio —sonetos, décimas, quintillas y cuartetos cuyo primer verso citamos entre corchetes— de los siguientes autores: Vicente Espinel [«Si puede aver males justos...»], Luis Vélez de Guevara [«Amante, venturoso, si gallardo...»], Francisco Davalos y Orozco [«Cisne de amor que en trágicas historias...»], Francisco de Cuenca [«Si en el valiente Céspedes se mira...»], Antonio de Manjares Mayoralgo [«Guarda sujeto al riguroso clima...»], Gonçalo de Ayala [«Ya llegais a la cumbre nuevo Ascreo...»], Felipe Bernardo del Castillo [«Tu solo al renacer, fenix conspiras...»], Beatriz de Zúñiga y Alarcón [«Para tal laberinto, tal Teseo...»]. Juan de Salcedo y Batres [«Tragedias canta, con que ofrece vida...»], Diego de Agreda y Bargas [«Desengaños verdaderos...»], Juan

Ruiz de Alarcón [«Si del amoroso dardo...»] y Fernando Bermúdez Carvajal [«De los trágicos sucesos...»]. Uno de los preliminares del libro estaba frimado por Gutierre de Cetina. El ejemplar al que se refiere el protocolo estaba impreso en pergamino (cuarto) y valorado en 16 reales.

Irrumpe en la relación de libros que formaban esta *biblioteca masculina* la presencia de una escritora francesa monolítica pues toda su producción estuvo dedicada a la pedagogía familiar; hablamos de Estefanía Felicidad Condesa de Genlis (1746-1830) de quien tenía Antonio Ripoll dos títulos: *Adela y Teodoro, o cartas sobre la Educación traducidas del francés por D. Bernardo María de Calzada (1785)* y *las veladas de la Quinta, o Novelas e historias morales [para que las madres de familia puedan instruir a sus hijos] sumamente útiles...* escritas en francés por la Señora Marquesa de Silleri, alias Condesa de Genlis. Traducidas por Fernando de [Guilman] Guilleman (1788). A esta serie de obras moralizantes hay que añadir los dos volúmenes de *El hombre infeliz en treinta y cinco diferentes estados de esta vida, consolado en cada uno de ellos, y por otro nombre el todo para todos en las adversidades de cada uno de los estados (1796)* escritos por el sacerdote jesuita Diego Zúñiga.

Como apoyo a las enseñanzas contenidas en las obras antes dichas aparece un volumen en octavo (276 páginas, dos láminas intercaladas, 9 reales) de interesante título: *Gobierno del hombre de negocios a quien las ocupaciones disipan el tiempo. Compuesto por Don Torcuato Torio de la Riva, Escritor de los privilegios de Indias, Revisor de Letras antiguas aprobado por el Consejo y Oficial del archivo del Excmo. Señor Marqués de Astorga, Conde de Altamira, etc. (1788)*. Repárese en dos detalles: uno, de interés particular, que se utiliza el término «hombre de negocios», denominación que casa con la idiosincrasia de Ripoll, y otro, más general, en el que implícitamente se está reconociendo la necesidad de proporcionar una guía para orientar las vidas de estos prohombres.

Efectivamente, nuestro protagonista —además de todo lo dicho— debió de ser un hombre habituado a consultar los textos legales que le concernían en el ejercicio de su profesión; como prueba de ello poseía un caro ejemplar de las *Ordenanzas de la Noble Villa de Bilbao*. Aunque no hemos podido establecer la fecha exacta de su edición debido a que este tipo de libro se venía imprimiendo en el Señorío de Vizcaya desde el siglo quince, existen dos ediciones de estas *Ordenanzas...* fechadas en 1711 y en 1797, cualquiera de las cuales pudo ser la que se encontraba en su biblioteca.

Podemos considerar como complementarios de estas ordenanzas el volumen, valorado en 12 reales, *Comercio de Holanda* y los cuatro tomos

—correlativos, lo cual constituye una muestra más de su presunto carácter metódico— de *Almanaque Mercantil o guía del comerciante para el año... Por Don Diego Maria Gallardo* correspondientes a 1796, 1797, 1798 y 1799. En la Biblioteca Nacional se conservan ejemplares de esta obra hasta el número del año 1807.

Menos estricto fue en completar —o conservar íntegramente— la *Historia de la vida del hombre*. Su autor fue el Abate Don Lorenzo Hervás y Panduro (1789) pues, de los siete volúmenes de que constaba, la escritura de Capital nos dice que solo tenía «cuatro otros Herbas historia del hombre [100 reales]». A pesar de este descuido, que tantas disculpas tiene tratándose de libros, la personalidad de Antonio Ripoll se magnifica considerando la envidia del autor.

A diferencia de las mediocridades intelectuales que hasta ahora hemos ido consignando, en este caso nos hallamos ante un importante¹⁰ humanista, un estudioso de la Matemática y de las Ciencias Naturales y, sobre todo, ante el reconocido creador de la filología comparada. Pero Lorenzo Hervás y Panduro (Cuenca, 1735-Roma, 1809) también era jesuita; al ser expulsado de España, encontró en la amistad y protección del Papa Pío VII (el episodio transcurre en los primeros años de su ejercicio como autoridad apostólica, que son los últimos en la vida del sabio español) el premio a su valía, pues le encomendó la organización de la Biblioteca Vaticana tarea que, para un bibliófilo, debió ser una experiencia fascinante.

Inevitablemente debemos considerar hasta qué punto esta obra (así como la de *El Hombre Infeliz* de Diego Zúñiga, S. I.) puede ser el reflejo de una influencia ideológica específica sobre Ripoll; teniendo en cuenta el antagonismo de los modelos propuestos por la Enciclopedia y la orden de San Ignacio nos sorprende encontrar los libros anteriores junto a los cinco tomos de la obra *Triunfos de la Revolución*, título tan expresivo que no deja lugar a dudas acerca de las premisas sobre las que estaría construido. La eficacia del modelo cultural de la Compañía de Jesús —«de las aulas jesuíticas habían salido Racine, Corneille, Molière, Descartes, Voltaire, Buffon y otros cien»¹¹— y la beligerancia de ese Instituto en cuestiones no espirituales es algo ya indiscutible. ¿Encontraría el marido de María de Gálvez en tan divergentes lecturas una concepción equilibrada y propia de la vida tomando «lo bueno» de ambas partes? No se puede olvidar que su existencia, al casarse en 1799, ya estaba definitivamente encaminada hacia los modos y las formas del siglo XIX.

Durante demasiado tiempo las noticias que llegaban de Francia fueron, simultáneamente, de pavor y admiración; en una ciudad abierta al mundo

como era Málaga se desencadenarían en las conciencias de todos aquellos que estaban unidos a un francés —por el interés mercantil o por el afecto— penosos conflictos, sentimientos que quedan diluidos en la privacidad y que raramente trascienden a la Historia. En este sentido, la biblioteca que venimos analizando contenía, además de las traducidas, varias obras escritas en la lengua francesa. Tal es el caso de *Vies des anciens Orateurs Grecs, avec des Reflexions sur leur éloquence, des Notices de leurs Ecrits et des traductions de quelques uns de leurs Discours* (1751), cuya lectura exigiría el doble esfuerzo de «pensar» en un idioma extranjero y comprender las ideas expuestas por los oradores griegos ya que, incluso, se ofrecía una pequeña antología de sus discursos. Tenemos la impresión de que esta última obra es una muestra de lo que constituyó toda una moda editorial de aquellos tiempos; los títulos siguientes, coetáneos, son algunos ejemplos que lo confirman: *Vies de plusieurs Hommes Illustres et Grands Capitaines de France, Depuis le commencement de la Monarchie jusqu'à present. Ouvrage enrichi de Portraits gravés en taille douce* (París, 1726); *Vies (Les) des hommes et des femmes illustres d'Italie, depuis la Rétablissement des Sciences et des beaux Arts; par une Société de Gens de Lettres* (París, 1767); *Vies des Architectes anciens et modernes qui se sont rendus celebres chez les différentes nations. Traduites de l'Italien et enrichies de notes historiques et critiques par M Pingeron* (París, 1771); *Vies des fameux architectes [et des sculpteurs] depuis la renaissance des Arts avec la description de leurs ouvrages* (París, 1787) y más tardíamente *Vie des marins célèbres. Anciens et modernes français et étrangers. Nouvelle ed. rev. et augm.* (París, 1836).

A la relación de libros franceses que Ripoll tenía en su biblioteca hay que añadir uno más: *El Libro de la Infancia*, trad. por Miguel Copin (1774). Modesto en cuanto a su tasación (6 reales), no obstanté lo consideramos muy importante habida cuenta de que con él nuestro protagonista se incrimina en el fenómeno de la paternidad.

Antes de finalizar, necesitamos hacer algunas precisiones. En primer lugar, plantear la posibilidad de que si alguno de estos libros no fueron adquiridos por Antonio Ripoll muchas de las presunciones que sobre él hemos escrito quedarían invalidadas. Por otro lado, tal vez hubiera sido más ecléctico por nuestra parte concederle a su esposa, María de Gálvez, al menos la *oportunidad* de que si bien ella no aportó ninguna obra literaria o científica al matrimonio bien pudo en alguna ocasión regalarle a su novio, o prometido, algunas de las que aparecían en la citada biblioteca para hacer luego un uso conjunto de ellas.

Desde otro punto de vista, es patente lo mal ejecutado que está el

protocolo del escribano Antonio del Castillo Fragua en el sentido de que los peritos o tasadores debieron ser personas de muy escasa cualificación cultural. Sorprende desagradablemente el comprobar que en otras ocasiones, y para otros bienes, las *partes* llamaban a un perito «maestro de...» para hacer el justiprecio. Tratándose de libros se ve que no lo consideraron oportuno.

Una vez más la valiosa fuente de los actos solemnizados en escritura pública ante el escribano —protocolos custodiados en el Archivo Histórico Provincial de Málaga— nos reitera su extraordinaria capacidad de generar información multidisciplinar sobre este decisivo período de la Historia que es el siglo XVIII.

NOTAS

(1) Cfr. Fernández Quintanilla, P.: *La mujer ilustrada en la España del siglo XVIII*, Ministerio de Cultura, Instituto de la Mujer, Madrid, 1981.

(2) A.H.P.M., leg. 3491, fol. 620 y ss., escribano Castillo Fragua, 1799.

(3) Dado que el apellido DE GÁLVEZ por estas latitudes remite casi siempre al tronco común de Macharaviaya y tierras limítrofes, investigamos un posible parentesco con la rama más ilustre de este linaje, y la respuesta fue negativa: ni en las fuentes archivísticas ni en la genealogía proporcionada por la obra de ZAZO Y ORTEGA (*Blasón y Genealogía de la Casa de los Gálvez de Macharaviaya*, Madrid, 1771) y, especialmente, en la de VÁZQUEZ DE ACUÑA (*Historia de la Casa de Gálvez y sus alianzas*, Madrid, 1974), ambas ya clásicas, aparece rastro alguno de María de Gálvez, hija de Miguel de Gálvez y María Coloma.

(4) En la *Novísima Recopilación* (Libro X, Título III, Ley VII de 1623; ratificada por Felipe V en San Ildefonso cien años después) se establece que «qualquier persona de qualquier estado... que tuviere 200 maravedis y de ahí arriba hasta 500 maravedis de renta, pueda dar en dote á cada una de sus hijas legítimas hasta un cuento de maravedis y no mas».

(5) Doce sillones altos, seis más bajos, una mesa de dos hojas, otras dos más baratas para juego —todas ellas a la inglesa, «con sus tapetes de hilo»— y un canapé tapizado en damasco.

(6) Cfr. Ocete Rubio, R.: *Armas blancas en España*, Grupo Editorial Tucán, Madrid, 1988.

(7) «La característica fisiognómica existe, pero no cabe constituir una ciencia como se pretendió y hay que dejarla en el dominio del arte, como una intuición que está sujeta a perpetuo juicio crítico» (Caro Baroja, J.: *Historia de la Fisiognómica. —El rostro y el carácter*, Ediciones Istmo, Madrid, 1988, p. 227).

(8) «...en el reinado de Carlos IV los escultores de figuras de barro empezaron a renovar su repertorio temático, derivando a los temas populares y bucólicos. El uso del pequeño formato es más tardío.» (Romero Torres, J. L.: *Los barroes malagueños*, Unicaja, 1993, p. 26).

(9) *Le livre de poche* (Éditions Gallimard), *Austral* (Espasa Calpe), *El libro de bolsillo* (Alianza Editorial) y tantas otras.

(10) Cfr. Moreno Iturralde, J. I.: *Hervás y Panduro, ilustrado español*, Excmo. Diputación Provincial de Cuenca, 1992.

(11) García-Villoslada, R.: *Historia de la Iglesia católica*, BAC, Madrid, 1991, tomo IV, p. 158.